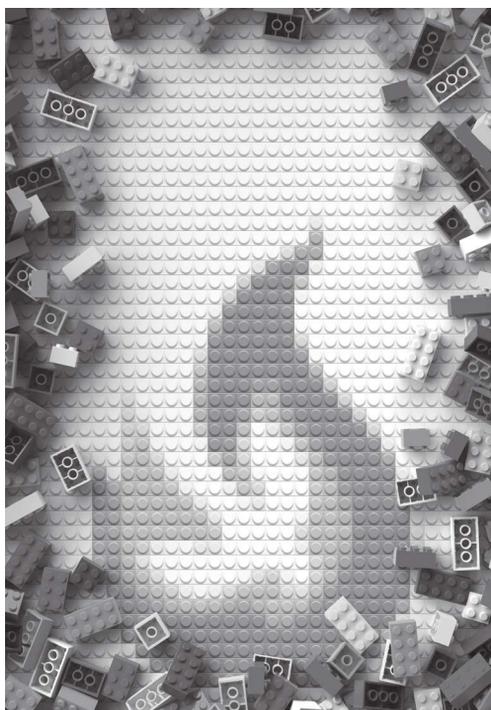


# Sigamos construyendo juntos. El Espíritu Santo nos necesita

Día de la Acción Católica  
y del Apostolado Secular



Material para la reflexión

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# SIGAMOS CONSTRUYENDO JUNTOS. EL ESPÍRITU SANTO NOS NECESITA

## SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Jesús de Nazaret, el Señor, llamó a los discípulos para que compartieran su misión. No eran meros oyentes o admiradores, no se trataba de lo que ahora llaman *followers* o simples fans, sino que, como a verdaderos colaboradores, los envió a predicar, curar y perdonar. Es decir, Jesús delegó y compartió su misión con los discípulos. Y como auténtico maestro y modelo de acompañante, Jesús también revisa con ellos la tarea encomendada, la celebra en oración y la incorpora como experiencia en su propio ministerio profético (Lc 10). Una de las principales conclusiones del pasado Congreso de Laicos, «Pueblo de Dios en salida» (14-16 de febrero de 2020), es que el primer anuncio, los procesos de formación y las presencias sociales que testimonian el Evangelio en el mundo de hoy, requieren que aprendamos y empleemos el lenguaje del acompañamiento, que es el lenguaje de la escucha del otro, la acogida, el respeto por su libertad y dignidad, la entrega generosa de nuestro tiempo, la implicación afectiva con el que sufre, la pedagogía de saber dejar al otro ser él y pensar por él mismo... actitudes de las que Jesús hace gala y con las que hemos de lograr ser una Iglesia de puertas abiertas, tanto para que todos puedan entrar, como para salir los que estamos dentro, como dice el papa Francisco, hacia las “periferias existenciales”.

La construcción de la Iglesia, edificación en el tiempo y el espacio de la “ciudad de Dios”, aquella en la que todos caben y en la que Dios mismo habita con su pueblo, es tarea común de todos los bautizados ya que pertenece al «sacerdocio común de los fieles». Fue un logro del Concilio Vaticano II reconocer ambas cosas: que la evangelización es la misión única de toda la Iglesia y que todos sus miembros son responsables de ella. Esta toma de conciencia suponía que muchos cristianos salieran del estado de “clases pasivas”, sujetos pacientes, alumnos oyentes... para incorporarse en calidad de miembros de pleno derecho a la Iglesia militante, que responde a la llamada y al envío del mismo

Señor para llevar a cabo la misión. De manera que la construcción de la Iglesia, la que nace del anuncio cooperativo del Evangelio por parte del Señor y sus discípulos, es una acción colaborativa, comunitaria y forjadora de fraternidad.

Construir es una empresa colectiva. Y, como se ve en la historia de Babel, por ser un ejercicio comunitario, la construcción requiere de la comunicación, del mutuo entendimiento y del diálogo en acción, que surte efectos de cimentación —comunidad—, habitabilidad —participación— y crecimiento —misión—. Además de saber entenderse para conectar los distintos oficios, con sus respectivas pericias, la albañilería que pretende culminar su obra y que esta cumpla con su cometido, es cosa de constancia, de perseverante continuidad. Aquí, de nuevo, hace falta el acompañamiento, que coordine esas múltiples tareas, que evalúe su progreso y que reconozca y celebre, llegado el caso, su culminación. Lo contrario es la chapuza, la improvisación y la falta de seriedad que ya el Maestro de Nazaret criticará con el símil de los que no llegaron a terminar la torre que se habían propuesto levantar (cf. Lc 14, 18-23). Porque, la construcción empieza por un proyecto, un objetivo. En todas las fases del levantamiento de un edificio, supervisa quien sabe de planos y tiene una mirada de conjunto para la complejidad de operaciones que requiere la construcción. Elementos todos estos de la comparación arquitectónica que sugieren, junto a la necesaria cooperación de los operarios y sus respectivos saberes —comunidad y participación, según el lema del sínodo en ciernes—, del Espíritu Santo, porque si él no está presente, todo es vacío, solar y ruinas.

Hoy, la construcción de la Iglesia, bajo la superior mirada del Santo Espíritu, no precisa solo de la *plantatio Ecclesiae*, la roturación de nuevas iglesias donde no ha llegado el Evangelio, cuanto de severas obras de rehabilitación en los países, como es el caso de España y toda Europa, donde hace ya siglos que fue plantada. Porque, cuando el Espíritu innovador y creativo de Pentecostés fue paulatinamente sustituido por las normas y costumbres, el acomodamiento y la resignación, la casa de la comunidad, el hogar de la fe y motor de la evangelización se fue vaciando de vida y llenando de inercias. La casa se hizo inhabitable. Por un lado, se levantaron aduanas, como dice el papa Francisco, en contraposición del carácter materno y acogedor de la Iglesia. Y nos en-

zarzamos en polémicas sobre cuestiones estrictamente organizativas y litúrgicas.

Por otra parte, como ocurriera en Babel, sus habitantes incurrieron en la incomunicación, cuando no en la franca animadversión: dejaron de reconocerse como miembros del mismo hogar y se recluyeron en compartimentos estancos e incomunicados. Porque también en la Iglesia hay polarización. Y si bien la diversidad es constitutiva de la Iglesia desde sus inicios en Jerusalén, lo que no es cristiano ni comunitario es la excomunión recíproca, la casi imposibilidad para colaborar a pesar de las legítimas diferencias respecto a la interpretación del momento actual y la propuesta del camino que debiéramos seguir para ser una Iglesia en salida y no un ilustre relicario, cerrado y vuelto, como la mujer de Lot, hacia atrás, hacia su pasado.

Ya san Francisco de Asís, también recibió de Dios el encargo de reparar su Iglesia, de reconstruirla, apuntalarla y devolverle su cálida condición de hogar para la comunidad y “hospital de campaña” para los heridos de nuestro mundo. Esta faceta rehabilitadora se convierte, en esta hora difícil de la evangelización, en un programa de recuperación de la riqueza que supone la diversidad de carismas, ministerios y corrientes de opinión en el seno de la Iglesia, por muy minoritarios que sean: pocas veces son las mayorías las que ostentan la radicalidad evangélica. Frente a la realidad decadente y escandalosa de unas posturas tan enfrentadas que, en ocasiones, llegan a romper la fraternidad, urge reivindicar la fortaleza de lo que nos une y hacer gala del manual de estilo que nos legó el Maestro: no juzgar, no condenar, sino perdonar y amar (Lc 6). No habrá auténtica reparación de la Iglesia si nos permitimos, como hacen los llamados *trolls* de las redes sociales e internet, descalificaciones personales, condenas al infierno y negación de la identidad cristiana del otro. Más daño que la secularización, incluso que su grado superlativo, el laicismo, hacen a la Iglesia sus propios hijos cuando, como ya denunciara en sus tiempos san Pablo se tratan sin misericordia: «Cuidado, pues mordiéndooos y devorándooos unos a otros acabaréis por destrueros mutuamente» (Gal 5, 15).

La comunión, que actúa como cimiento de la comunidad y fuente de los otros dos elementos de la sinodalidad —participación y misión—, no puede quedarse en la confesión verbal de la fe y en la adhesión

formal a la misma disciplina cultural, languidece sin el reconocimiento mutuo como verdaderos hermanos y si nos falta la unanimidad en lo fundamental, el amor: «Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”» (Gal 5, 14). Por otra parte, esta fractura en la fraternidad nos impide dar testimonio de la unidad de todo el género humano que, junto con la comunión con Dios, es uno de los fines constitutivos de la Iglesia, uno de los rasgos que la convierten en sacramento de Cristo: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG, n. 1). Flaco favor hacemos al mundo que queremos evangelizar si no le podemos mostrar con nuestra propia experiencia comunitaria eclesial que toda la humanidad está llamada a esa unidad que nosotros, a duras penas, conseguimos experimentar.

Vivir la diversidad en unidad y la unidad en la diversidad también precisa del acompañamiento del Espíritu Santo a través de aquellos pastores y laicos responsables de grupos y movimientos, que, por su formación en la escucha, su capacitación para el diálogo y su madurez espiritual, sepan fomentar la calidez comunitaria por la que no nos excluyamos ni nos desconozcamos. Igualmente, este acompañamiento de quienes coordinan y animan diócesis, comunidades, parroquias y asociaciones laicales, deberá ayudar a los fieles a no escandalizarse de que haya diferencias, discrepancias y preferencias diversas. Además de un don del propio Espíritu Santo, esta pluralidad supone la escuela más efectiva de diálogo y comprensión en la que todos habremos de ejercitar la verdadera fraternidad. Por eso, a la *parresia* —valor, coraje, atrevimiento— de tomar la palabra y decir dentro de la Iglesia lo que opinamos, debemos sumar la *parresia* de no asustarnos ni escandalizarnos porque exista dicha pluralidad y se exprese en discrepancias, debates y alguna que otra discusión, como la que mantuvieron Pablo, Pedro y Santiago en Jerusalén a cuenta de si seguíamos o no siendo judíos, que no era cuestión menor.

Necesitamos del Espíritu Santo y de todos sus dones, que seguro serán más de siete, para afrontar estas obras de reparación de la comunión, sana expresión de la participación y compromiso con la misión. Necesitamos del acompañamiento espiritual de la fuerza de Dios, que

es viento para empujar las velas de la barca de Pedro y fuego para caldear con ardor misionero los corazones de todos los que confesamos, y no solo con los labios, que Jesús es el Señor. Pero el Espíritu Santo también nos necesita, pues no en vano somos nosotros, cada bautizado, los que, por el trabajo de nuestra fe, la pertenencia constructiva a la Iglesia y la asunción de responsabilidades misioneras, debemos acompañar a nuestros hermanos en el primer anuncio.

Si el lenguaje de la evangelización es el testimonio, solo estando con aquellos a los que les queremos proponer el Evangelio seremos creíbles. Solo estando donde ellos están, en la sociedad de la guerra, la subida de precios, el paro crónico, las pobrezas también cronificadas, los vacíos existenciales y las aparentes felicidades transitorias, seremos propositivos y generaremos interés por nuestro anuncio. Acompañar a otros como Jesús lo hizo con los suyos. Acompañar, conscientes de que Dios tiene a bien darse a conocer, no a los expertos y entendidos, sino a los sencillos. Pues solo con la humildad de la presencia paciente en los ambientes de vida y trabajo de nuestros hermanos, con la atención perseverante a sus problemas e interrogantes, y la motivación pura del amor que Dios nos suscita por el que nos necesita, es posible hoy la evangelización. Acompañar ese esfuerzo y perseverar en él caracteriza hoy el papel y la alegría de la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

